



CASABIANCA

† 1901



CARO

† 1909



URIBE

1914

*W. J. G. Goyota - VII - 92*

El ciudadano culto debe contribuir al agradecimiento de su Patria coadyuvando a la exaltación y profundo estudio de sus hijos famosos, por los ideales que ellos vivifican y que "INFLUYEN EN NUESTROS AC- TOS AL TRAVES DEL ESPACIO Y EL TIEMPO."

EL EDITOR

Edición dedicada  
al Clero nacional y extranjero

*H 287 Pa 16; H 423 Pa 24*

*E. B*

IMP. DE EUSTACIO RAMOS  
CARRERA 7.ª, NUMEROS 409 y 409 A  
MCMXVIII



Bajo la limpidez de su cielo caucano y la brillantez del silencio, en austero soliloquio, habrá oído la voz de Aquél que dijo: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón," y que sin embargo envuelto en ira y celo santos, empuña el látigo y saca de su templo a los mercaderes que traficaban con su nombre; y voces cuyo sentido quedará sepultado en el fondo de su corazón. ¡Ah de las manos que se arman con guijarros para arrojarlos contra el pecho de sus vaticinadores, y no hacen caso de sus ver timientos! ¡Ah de los pueblos que no escuchan su voz!

En esta hora en que los humanos han vuelto a su punto de partida y recorrerán de nuevo su órbita, se estrecharán, no bajo las bóvedas sagradas, sino al pie de la enorme y cargada cabeza del Pensador, las manos del Salvador ensangrentadas que perdonan y las de los Dilectos hijos de la Meditación, no ya para platicar sino para transmitir la quinta-esencia de la caridad y pregonar la Bella Nueva desde lo más alto de la tierra a la humanidad ávida de Verdad y de Paz.

«..... La Europa

lo aguarda como antiguo caballero,  
debajo de una bóveda de acero;

vulla sus labios la soberbia tropa  
de esclavos y señores:

el Pontífice augusto

trae el bálsamo santo que redime,

y calma la batalla de panteras;

revalúa lo justo;

ya va a decir el símbolo sublime.....

y de sus labios tiernos

salió, como relámpago imprevisto,

a impulso de los hábitos eternos,

esta sola palabra: Jesucristo.» (1)

Los entendimientos se tuercen, las palabras injurian, y el rayo resuena destructor, sólo los vaticinadores permanecen enhietos y tranquilos como los poseedores del Fuego Bíblico conmoviéndose solo, como los altos montes, cuando en lo más recóndito de sus entrañas hay trágicos sacudimientos; por eso se estremecen y rechinan al caer los viejos y carcomidos troncos de las selvas, bajo los cuales crecen anémicos arbustos que cubren las guaridas de las fieras, los vampiros y las víboras que se quejan: sólo las aves se remontan.

Bien sabe él "que el adjetivo para calificarnos se escribe, si muy pronto, doscientos años después de nuestra muerte," pero el grano de arena está aventado, será llevado por el aquilón, y en cayendo al suelo fecundo se trocará en el bloque que ha de servir de piedra angular para que se yerga en él, en el día de mañana, el Ideal ante el cual las generaciones venideras detendrán su paso para oír las palabras del Rey sabio:

(1) Anarkos, 1895.

«Manantial de vida es la boca del justo; pero la boca de los inicuos encubre la violencia. El odio suscita rencillas; mas el amor cubre toda suerte de ofensas. En los labios del entendido se halla la sabiduría; mas la vara es para las espaldas del falto de entendimiento.

¿No clama la sabiduría, y da su voz la inteligencia?

En las más elevadas cimas, junto al camino, puesta de pie donde se juntan los senderos; a un lado de las puertas, a la entrada de la ciudad, en la desembocadura de las calles, levanta ella la voz. Dice: a vosotros ¡oh hombres, estoy clamando, y mi voz se dirige a los hijos de Adán! ¡Entended, oh simples, la cordura, y vosotros, oh insensatos, sed de inteligente corazón! Escuchad, porque voy a hablar de cosas excelentesísimas, y lo que sale de mis labios serán cosas rectas.

Porque mi boca profiere la verdad, y la maldad es abominación en mis labios; en la justicia se apoyan todos los dichos de mi boca, no hay en ellos cosa torcida ni perversa; todos ellos son derechos para el hombre entendido y rectos para los que hallan la ciencia.

Recibid mi instrucción y no la plata, la ciencia también antes que el oro más escogido. Porque la sabiduría vale más que los rubíes y todas las cosas más deseables no pueden compararse con ella.

Yo La Sabiduría, habito en la cordura, y hallo el conocimiento de los consejos sagaces. El temor de Jehová es aborrecer la maldad, el orgullo, la soberbia y el camino malo, y la boca engañosa yo aborrezco.

Mios son el consejo y la sana razón; yo soy la inteligencia, yo tengo potencia. Por mí reinan los Reyes y los Príncipes decretan la justicia. Por mí mandan los caudillos, los nobles y todos los jueces de la tierra. Yo amo a los que me aman y los que me buscan temprano me hallarán. La riqueza y la honra están conmigo, justicia y sustancia duraderas. Mejor es mi fruto que el oro, sí, que el oro acrisolado, y mi producto, que la plata escogida. Yo ando en el camino de la justicia en medio de los senderos de la equidad para hacer que los que me aman hereden posesiones verdaderas y para que yo hinche sus tesoros.

No hay sabiduría, ni hay entendimiento, ni hay consejo que valgan contra Jehová.

El caballo está listo para el día de la batalla pero de Jehová es la victoria.»

P. V. y G.

1918

4



## Discurso

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DON GUILLERMO VALENCIA, A NOMBRE DE LA JUNTA ENCARGADA DE ORGANIZAR LOS HONORES FUNEBRES TRIBUTADOS AL GENERAL MANUEL CASABIANCA : : : : : :



Señores:

Se ausentó de entre nosotros, en silencio, sin dejarnos sentir en un postrer abrazo el noble palpitar de su gran corazón, sin que su mano leal, que condujo tantas veces el voluble corcel de la fortuna, nos transmitiera el último latido de la vida, en pulsaciones febriles y robustas.

Se ausentó de entre nosotros en silencio, pero hemos podido descubrir el lugar de su refugio por las hojas de laurel que señalan su paso, desprendidas del grueso haz que se llevó sobre los hombros.

Uno de esos árboles centenarios que el rayo lame con su lengua de fuego y el viento golpea con cien cadenas sonoras y que, triunfantes del rayo y del viento siguen irguiéndose entre el gran desastre de la floresta derribada: tal la figura de Manuel Casabianca, tras la espantosa hecatombe de 1876.

Todos conocen sus hechos, todos hemos repetido su nombre y embriagádonos con él como que fue un nombre de victoria. El manifestó de qué es capaz el Partido Conservador, cuando se le dirige bien y se le sirve con desprendimiento. Y representó una gran virtud: la energía para la lucha. En el conflicto, aquel espíritu era una ecuación donde el exponente simboliza el esfuerzo, lo fijaba siempre el obstáculo que era preciso remover del camino. En esa hora el alma del campeón alcanzaba el cenit. La mente era una fragua; el ojo, engrandecido como el mar, reflejaba el conjunto; audaz, el pensamiento, la voz, imperativa, la acción, precisa y, como la guillotina, irremediable, deslumbradora y rápida. No fui de los afortunados que pudieron contemplarle en sus cargas heroicas, como un Mariscal épico de la Francia Cesarea. ¡Cuán hermoso debió de mostrarse el Centauro, armado

el brazo pujante de la filuda y espantable hoja, al arrastrar cual una locomotora, a través de la llanura ensangrentada, el tempestuoso estruendo de mil jinetes que le seguían en apretada cadena, llevando alternas a la grupa la victoria o la muerte.

¡Y qué mucho que fuese capaz de tanto si servía a nuestra Causa! Dejad que la escarnezan los que quieren alcanzar la meta llevados por caballos sin freno. No importa si hacen mofa de nuestra arca vetusta labrada en palos torcidos pero fuertes, cuantos creen burlar desde el ápice de un monte que se tragarán las aguas, la ola arrolladora del Diluvio. Sobre el universal naufragio de doctrinas e ideas mostraremos vivas las buenas tradiciones que deben perpetuarse, las nobles especies que merecen vivir y que habrán de hacer en el vuelo, el regocijo de los aires, y el decoro y autoridad de la pampa, con las melenas; y nos ufanaremos en mostrar junto a Julio Arboleda, esa cabeza de águila, a Manuel Casabianca, esa otra cabeza de león.

La vida de éste va tan estrechamente ligada a la de nuestro partido, durante los últimos treinta años, que no puede hacerse abstracción de tal nombre sin dañar la explicación de los más importantes acontecimientos que por nosotros o que para nosotros se han verificado. Y sin embargo, ha habido quienes hayan lanzado al rostro del caudillo esa palabra que subleva el orgullo de las almas grandes, ese vocablo corrosivo como un frasco de ácidos, bastante conseguir que, oyéndolo, Ney palidciera y se extinguiera la voz en la garganta Bazaine. ¡Traidor! ¡Traidor! ¿Sabéis por qué? Porque el Partido Conservador es un organismo robusto que elimina cuanto le es adverso o dañino; porque estaba demasiado próxima la matanza de Palonegro, para que pudiera echarse suertes sobre las túnicas sangrientas de los sacrificados; porque la vieja tribu estaba en pie, resuelta a salvarse, y su empuje era incontenible. Entonces vino el conflicto para el Jefe que, ignorante en un todo del golpe preparado por nuestros amigos, en un momento dado se encontró frente a frente de la Autoridad que le requería por un lado y de la opinión avasalladora que hizo impotente la adversa tentativa del Ministro de Guerra. No fue un círculo ni siquiera una parcialidad los que pidieron cambio de personal en el escenario de la República: la Nación entera clamaba por ese cambio. Y ante aquel torrente de opinión, CASABIANCA prefirió el dictado de republicano antes de merecer el torpe apodo. Y nuestra causa se salvó, y los nervudos brazos de nuestros Jefes nuevos hundieron sus picas en aquella techumbre podrida que se desplomó para no ser levantada jamás! (1)

(1) Un amigo mío me asegura que más de una persona han creído ver en esta frase una alusión al doctor Manuel A. Sanclemente. Todos saben en Colombia qué entiende el público por la palabra *nacionalismo*. Quieren algunas individualidades, para darse así cierto tinte de honorabilidad, hacer causa común con el venerable Presidente, a quien tocó presenciar el desquiciamiento de un Partido, bien así como Francisco José sintió de repente, hundirse bajo sus plantas el cascarón hueco de su trono de Nápoles. La República entera y esta hoja (*El Colombiano*) en más de una ocasión han hecho justicia al ex-Gobernante a quien una larga vida llena de merecimientos impide se le

Bien se me alcanza que muchas de estas consideraciones no habrán de tener valor para el futuro porque se refieren a detalles que la historia no aprovecha en sus síntesis definitivas. Muy bien sé que el adjetivo para calificarnos se escribe, si muy pronto, doscientos años después de nuestra muerte; no ignoro que una frase de encomio es cual una guirnalda de palabras que se mustian horas después de entrelazadas; y sin embargo estará siempre bien que seamos de nuestra época, que gocemos el sol de nuestro día y nos entusiasmemos con el entusiasmo de nuestra hora. ¡Cuán hermoso es contemplar una multitud conmovida que va cargada de flores, en presente al héroe que la condujo no há mucho a la victoria. ¡Sí! La necesidad del momento presente exige que apoyemos a nuestros jefes y echemos en olvido sus defectos, para que nos quepa a todos una parte, aunque mínima, en el feliz éxito que obtengan sus virtudes.

Seamos gratos a los leales servidores de nuestra Causa y abandonemos ese funesto hábito de declarar extraños en la propia comunidad a cuantos se aparten de nuestro sentir en puntos que no comprometen la doctrina. Aceptemos sin enojo la superioridad de los que la hayan conquistado. No hagamos silencio en torno de nuestros antiguos servidores; cuando la edad los venza, que perezcan como el estilista del siglo XVIII, por la fatiga de las ovaciones, bajo el peso de las guirnaldas y no por los miasmas mefíticos que vierte la boca del ingrato. Allí están los González Valencia, los Albanes, los Ospinas, los Enrique Arboleda, los Pintos, los Molinas, los Velascos, los Morales, los Valderramas, los Perdomos, los Uribes, los Dousebés, los Riveras y tantos más adalides nuestros, dignos de todo encomio, acreedores a todo honor y a toda confianza. Si les somos gratos, habremos aprovechado el largo sacrificio del veterano muerto que se ausentó de entre nosotros en silencio, sin dejarnos sentir en un postrer abrazo el noble palpar de su gran corazón, sin que su mano leal que condujo tantas veces el voluble corcel de la fortuna, nos transmitiera el último latido de la vida, en pulsaciones febriles y robustas.

Mañana, cuando bajo las aguas turbias y dormidas de ese golfo negro que llamamos olvido, hayan desaparecido los últimos vestigios de nuestras luchas y nuestras inquietudes, de nuestras esperanzas y de nuestros dolores, y cuando, en mala hora, el herido tacón del yankee huelle tal vez como amo, campos que fueron nuestros (2), al remover la tierra el agricultor atónito verá

confanda con los falsos amigos que originaron su caída. Aun cuando no fige sino por la afabilidad y cariño que me manifestó en la única entrevista que tuve con él, há ya mucho tiempo, sería eso lo bastante para que yo evitara injurarlo. Aparte de que la memoria de mi padre se interpone también entre él y mí.

Mis palabras se refieren a los especuladores, a los que pretendieron hundir nuestra causa, en fin, a aquellos que habrán de mirarme en la calle con ojos cómicamente aviesos, cuando hayan leído mi discurso. — G. V.

(2) Dos años y meses después se cumplía el despojo inicu de Panamá, merced a actuaciones que no comentamos. — N. del E.

brillar bajo el arado una hoja blanca que el orín no mordió ni melló el tiempo: esa habrá sido vuestra espada, ¡oh bravo General!

Mayo, 1901.

## Discurso

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DON GUILLERMO VALENCIA EN LA INHUMACION DEL CADAVER DEL SEÑOR CARO : : : : :

Señores:

El honorable Senado de la República me confirió ayer el encargo de llevar su voz en esta hora no menos triste que solemne, y yo cedo a ese encargo, y al hacerlo, no obro como un obscuro miembro de la honorable Corporación que de mí fia, sino cual un hijo férvido de las llanuras libres.

No há mucho tiempo, al transitar por uno de nuestros caminos soleados que caldea un verdadero fuego de justicia, al dejar que mi cabalgadura sedienta escampase del rayo abrasador bajo una ceiba copada y centenaria, oí que un grupo de labriegos que allí estaban reposando llamaba "la casa verde" al árbol venerable cuya frondosidad libraba a innumerables cabezas de una luz sin contrastes bajo un cielo inmisericorde. Recogí esa frase, caída de los labios del pueblo, como un símbolo grandioso de verdad y experiencia, y comprendí cómo lo que llamaba la boca vulgar "la casa verde," era una concepción grandiosa, dentro de la categoría de la vida, que estaba diciendo a todos aquellos oscuros conductores de animales cansados y soñolientos, cómo bajo la inclemencia del cielo se abría un parasol gigantesco de brazos ampliamente protectores para cubrirles, con la opulencia de sus frondas, de la rudeza adversa de llamas quemadoras, para orearles bajo la sombra hospitalaria de los ramajes verdes. No sé por qué extraña asociación de ideas se aviva hoy en mi espíritu aquella frase, y aquel símbolo, y aquel paisaje, ni sé tampoco por qué afinidades electivas e intelectuales quiero hallar consonancias entre el árbol de muchos días que hundía sus raíces torcidas en los antros más profundos de nuestro suelo, con este débil resto que vamos a entregar en breve a la avaricia de la tumba, y que fue un día portentoso gigante que asombró mil caravanas bajo su copado follaje y llevó flores al extremo de sus ramas nudosas, no menos fuertes que sonoras, no menos poderosas que risueñas de gracia y de color.

Dentro la relatividad humana, estas palabras: ¡Caro ha muerto! indican solamente la misión natural de un organismo que cumple su destino, la caída silenciosa de una fruta cargada de perfume y de miel que se desprende al peso de una tranquila madurez; mas, ¡cómo desconocer que aquella poma de oro declina hacia el abis-

mo de la final delicuescencia, arrastrando consigo todo el color de muchas esperanzas, todo el aroma de recuerdos inenarrables! Porque la desaparición de Caro no es el ocaso de un sol que se oculte hoy para reaparecer mañana: es el súbito hundimiento de la Isla de la Sabiduría, del Promontorio excelso que se ha tragado el mar, de una segunda Isla llena de sonoridades inauditas, desaparecida para siempre, de una Atlántida espiritual, no menos hermosa que la que ideó Platón, sumida eternamente entre los abismos sin fondo.

No está bien que hicieran su elogio los familiares del grande hombre, los que recibieron su mano honrada entre las suyas trémulas de respeto; los que con él partieron el pan modesto en la mesa frugal; los que en hora feliz, oyeran correr, en vena incontenible y dilatada, el divino caudal de ese "Crisóstomo parlante;" era preciso que el Senado de la República comisionara al hondero humilde y bárbaro que fue osado, en no apartado día, a lanzar sus guijarros contra el pecho del paladín invicto para que dijese qué resistencia férrea oponía aquel pecho bardado de bronce al fiero ataque; para que nos contase a todos cómo el oleaje popular, trocado en marea ascendente e invasora, iba a romper sus ímpetus y a convertir en flores la espuma de sus iras contra aquel arrecife inconvertible, constante como el Tiempo, sereno como la Eternidad....

Es cosa cierta que la Historia y los grandes hombres que actúan en ella no pueden ser considerados sino a la distancia. Los que hacemos parte de un proceso; los que hemos terciado en el combate diario, influidos por el medio y el momento y todas aquellas circunstancias que impiden al contemporáneo proceder a justicia con los fallos que dicta, no podemos apreciar por manera definitiva, aquellos movimientos humanos en que nos hemos mezclado como actores. Los hombres, como los mármoles, ganan a medida que los tiempos corren, y dejan las horas con el roce furtivo de sus alas, un pulimento de contorno que en vano es demandar lo mismo a la parcialidad reconocida que a la enemistad rencorosa. No sería yo el llamado a decidir definitivamente en el juicio histórico que hoy se ventila, acerca de este hombre que, semejante a una crisálida, deja ante nuestros ojos la grosera envoltura para abrir ante la luz del tiempo sus alas policromas de belleza y de verdad. Pero sí existe un hecho que debe hacernos meditar, que contrae nuestro pensamiento, que nos precisa a un juicio, que nos impone un fallo, fallo que se resume en pocas palabras: Caro fue un grande hombre; fue un gran colombiano; fue un genio nacional, y, ensanchado el cielo: fue un americano enorme, un latino gloriosísimo, un hombre verdaderamente mundial.

En este momento de la evolución comercial, cuando el vivir sólo busca como meta el bienestar individual y el reposo de la tranquilidad adquirida, ese hermano nuestro era un contrasentido, un verdadero inactual, una aspiración del presente lanzada hacia la opuesta orilla del pasado. Tuvo aquel hombre la virtud asimiladora y comprensiva de los próceres del Renacimiento italiano; Leo Batista Alberti no habría desdeñado de sentarle a su mesa, y



el Bembo y el divido Leonardo esquivado no habrían de invitarlo a cerrar círculo en torno suyo.

Poeta, gramático, filósofo, teólogo, historiador, filólogo, le-gista, crítico, maestro, aquella inteligencia recorrió todas las esferas de la actividad psíquica; supo desvanecer en todos los matices de la modalidad interior, su sabiduría no simulaba aquellas fosforescencias engañosas de las plantas marinas que flotaban deslumbrando con reflejos extraños a los ojos incautos, arrastrados, en nuestros mares tropicales, por las olas torosas; esa ciencia sólida, robustamente asentada y firmísima, hundía sus raíces penetrantes y vivas en lo más hondo de los suelos clásicos y recibía vida, y alimento, y calor, y energía inexhausta de aquellos jugos misteriosos que en el reino de las letras se apellidan la Antigüedad. Bien pudo Caro, interrogado por Leconte de L'isle, de que se había alimentado para ostentar tanta lozania en sus producciones literarias, haber contestado con aquella frase del hombre de mármol: "Me he nutrido de raíces griegas." Dijérase que aquella alma inmensa, aquel espíritu aquilino, rehuyó sentar la garra triunfadora sobre este manzanillo envenenado de la vida moderna, y movió los remos pujantes hacia las edades preléritas, y como el *Aguila del Casco*, en el poema del grande Hugo, levantó el vuelo desde la cima del yelmo que encarnaba el triunfo brutal de la materia, para hundirse en las profundidades de un ensueño grandioso. El, removiendo escombros que pregonan las destrucciones seculares, encendió la divina luz de nuestra lengua castellana entre el armónico laberinto de las sintáxicas ordenaciones latinas y nos mostró la ferocidad de "esa casa de fieras" que se llama la *Ilíada* y a nuestros padres en la raza, no ya cubiertos con el oxidado arreo de la ornamentación itálica, sino resplandecientes de la hidalguía caballeresca que fluye de todo cuanto toca a la divina lengua que hablamos, de todo cuanto hiere el rayo puro y vibrante de la hidalguía española. La divina proporción helénica, el exámetro homérico que se mueve idealmente bajo un ritmo interior; la agria, rectangular disposición de las latinas cláusulas; el jugoso mimbre y flexible y perenne del verso virgiliano; y Anacreonte, el *vinosus senex*; y Lucrecio, el pagano honrado y panteísta; y Horacio, el intelectual equidistante; y Agustín, el inflamado; y el árido Propercio; y el esotérico Tibulo; y Dante, el teólogo; y Carducci, el rebelde; y Byron, el soberbio; y Heredia, el todo ojos; y Sully-Prudhomme, el equilibrio satisfecho, cruzaron ante nuestros ojos, envueltos en la hopalanda castellana, como extranjeros sonreídos que trocaran sus trajes peculiares con el manto opulento de nuestro *gay saber*. Un día se apoderó de él el anhelo de lo Ignoto, y evocó el Genio de la Historia, y en vuelo hacia los tiempos idos condujo hasta las forjas romanas todo el bronce que había recogido para fundir en él el alma de una estatua: la de nuestro padre Bolívar, y evocó la epopeya colombiana; y vio lo que fue la Independencia; un ensueño de hombres agitados del espíritu de aquella diosa que escanció en cincelado vaso para el filósofo antiguo el divino coloquio de la *República*; una tribuna sin cesar ocupada por oradores férvidos; un circo de los tiempos an-

liguos lleno de mártires despedazados; una historia entera desbaratada a cañonazos, y sobre el cuadro portentoso y épico, un hombre, y ese hombre era Bolívar. La palabra vuela cansada para decir lo que fue él: predecir, luchar, vencer, crear, orar, gemir, cantar, rugir, maldecir, convencer, soñar, padecer, agonizar, morir. Morir, no como quiera, sino como la columna robusta, cansada de llevar sobre sus hombros el dombo inmenso de las naves; contemplar cómo España ataba de su escudo a la fiera soberbia y melnuda y dejaba volar, a cobijar el nuestro, con la sombra sagrada de sus plumas, esa ave libre que gusta de armar su nido sobre el pico más alto de las sierras. Y esa fue la visión del poeta; y él vio al héroe mártir; y supo contemplar su perfil vencedor sobre el muro negro y derruido de los tiempos que fueron; y su gesto aguileño y su abrasada tez, y sus mismas quemadoras pupilas en que reverberaba el rojo sol del combate; y vio cómo al acompañado galopar de su caballo, la tierra brotaba soldados que iban formando a su espalda como la cauda inconmensurable de un cometa, y cómo iba llevando, de colina en colina, los incendios de la guerra; y él, Caro, el poeta, cogió esos rasgos esenciales, y fue a llevar a la fragua vulcánica el sagrado crisol que contenía el bronce futuro de otra estatua inmortal que, erguida eternamente bajo el cielo purísimo de la memoria colombiana, vivirá para siempre, cuando el bronce de Tenerani, limado de los siglos, yazga inútil e informe cabe el pedestal derruido que hubo de sustentarlo un día... Y Bolívar vivirá mientras el habla castellana esté pregonando, en las estrofas del poeta, un pasado glorioso y un compromiso para lo futuro. Pero Caro no era sólo poeta: orador también fue, y era de ver al coloso enfurecido, sacudiendo la soberbia melena, discurrir invicto por el recinto del Senado, y soltar su frase destructora, chasqueante como un látigo, luminosa como un relámpago, fatalmente rápida y eficaz como la cuchilla de la guillotina que cae.

Sería preciso ver un monstruo de aquellos que la ciencia moderna nombra *acorazados*, para forjarse idea cabal de lo que fuese, idealmente estimado, aquel orador político. Su cerebro era un volcán inflamado y su boca un cráter espantoso. Quien asistió a aquellas lides, no lo olvidará nunca. Brotaban las frases de esos labios tremendos con una certeza fatídica: era la lucha de un gigante contra las multitudes. A cada disparo certero y formidable iban hacia el fondo, una por una, las más gallardas naves de la opuesta escuadra, y ese coloso de la palabra gustaba también de la ironía y se solazaba viendo cómo la barda de su flecha fingía una sonrisa al clavarse temblando en el corazón del contrario. Elocuente, disertó, poderoso, suave, facundo, sutil, docto, ingenioso, incisivo, vehemente, grande y hábil son los atributos con que Caro supo mostrársenos desde la tribuna.

¿Y el periodista, y el maestro, y el filósofo, y el sabio, y el político?

Digan otros su elogio, porque vasto es el tema e inagotable en esta hora de recogimiento y de dolor en que no solamente deploramos la ausencia eterna de un grande hombre en la cate-

goría del espíritu, sino también el ponerse de un astro de la virtud y del honor, porque aquel personaje, cosa rara en los días que alcanzamos, era también un hombre virtuoso. Fuerza es reconocer que Caro sirvió sus ideales con desinterés cenobítico y con probidad insospechable. Este es uno de los mejores títulos a la gratitud de sus conciudadanos. Jamás vendiera él su primogénitura ideal por el mezquino plato del semita Esau. Atravesó el desierto, semejante al camello, sin otro refrigerio que su fuente interior, y no curó jamás si a la postre la muerte pudiese encontrarle con el manto hecho girones y los pies descalzos, porque él sabía muy bien que la bandera colombiana no había de faltarle por sudario, y que ella tiene más púrpura y más oro y más cielo que todos los mantos imperiales, que todas las venas codiciadas y ocultas de la tierra, que todos los espacios abiertos!

Caro desaparece y no en hora propicia! Colombia está muy triste; Colombia es por todas partes combatida, Colombia le necesitaba, y el paladín se ha ido y se ha ido para no volver. Es ciertamente deplorable que aquella suma de energía moral, que aquel prestigio evidente, que aquella autoridad intelectual, que aquel papado del espíritu que emana de ciertos hombres no se transmite a nadie, ni perdure después de ellos, ni descienda sobre alguien cual una a modo de investidura de la inteligencia. Seguramente, la actuación política y moral de un hombre queda en sus libros, mas toda fórmula escrita tiene mucho de cristalización; es algo definitivo que parece no avenirse con la mudanza de los tiempos, con el perpetuo devenir de las aspiraciones humanas. ¿Será que la verdad política, a semejanza del maná, se agria por la tarde aunque recogida en la mañana? En el orden meramente adjetivo, bien puede ello suceder; mas hay otro orden en que tal no acaece. Yo creo en esa Geometría divina de las almas que, sometidas a la inevitable fatalidad del círculo, pregonan la equidistancia del centro que apellidamos Dios. Para nosotros ya no es quien con dedo infalible nos indica la línea recta a ese punto central. El Código, escrito está y escrito queda; mas en el caleidoscópico agitarse de las ideas modernas, hace falta quien nos enseñe a discernir lo accesorio de lo esencial y lo mudable de lo permanente. La República tiene sed de probidad, "como el desierto tiene sed de agua pura," y en esta hora de dolor estamos viendo complacidos como entre el agua turbia del interés mezquino y el bochornoso peculado, entró como tributo inexplicable y extraño y como espejo de consuelo, el agua limpia de este torrente claro. Hubo en Caro una dualidad que es fuerza discernir: el hombre sustantivo y la personalidad adjetiva. Sea esta juzgada muy a espacio por la crítica que se solaza en buscar aquellos matices que prestan a las luchas políticas la algazara agresiva de los juegos infantiles; cuanto a la personalidad esencial, vivirá tanto como la verdad en que él creyó y en que nosotros creemos; como los principios que él defendió y que nosotros sustentamos; como las nociones de que él fue propagandista afortunado y que nosotros hemos recogido; como el ejemplo de austeridad y de firmeza que él nos diera y que nosotros anhelamos imitar.

Bien me sé que la hora no es oportuna para recordar ciertas palabras; mas ¿cómo no acariciar con ellas a quien las cargó de sentido, les infundió el alma de su alma, las hizo el lema de su escudo y apacentó su esperanza en esa eficacia consoladora? El señor Caro fue el Jefe indiscutido del Partido conservador, que le venera y ensalzará siempre como a su patrono espiritual. Para que la gloria de aquel ilustre cenobiarca fuese completa, recibió de mano nuestra la corona de espinas que es el gaje obligado de los hombres públicos. Mas qué importa todo ello si su anhelo fue noble y trabajó por el ideal; en nuestras turbulentas democracias sólo sufren los buenos, los que resisten, los que luchan, para los otros lueven las rosas de las fáciles alegrías y de las complacencias humillantes; sólo que estas flores, como las del festín de Trimalción, desaparecen con el vino de las copas, en tanto que la espina ensangrentada que ayudó a tejer la corona de los redentores, brilla cual una joya glorificadora entre la noche de los tiempos.

¡Es increíble que esta urna encierre tanta historia patria, oculte tanta gloria, vele tanta virtud, recate tanta ciencia y selle tantas esperanzas! Si el pasado necesita de distancia para sus perspectivas, fuerza es que vean mejor la grandeza de los grandes las generaciones por venir. Cuando pasen los años, quebradores de artistas y pulidores de contornos, la figura de Caro aparecerá en toda su excelsitud clásica, serena e imponente. Para el crítico del futuro, el suelo en que nació será el pedestal raro escogido por la naturaleza para asentar los pies de aquel coloso cuyos lineamientos generales ocultarán en lo venidero las leves imperfecciones de las formas! ¡Quién pudiese contemplarlo en esta concepción sumaria, bajo las especies de esa síntesis ideal, tras de cuya expresión anhelan los cincelos de Albert Bartholomé y casi, casi realizaron los de Rodin! Oh! si nos fuese dado, después de algunas centurias, contemplar idealmente la figura de este hombre que ya no nos ve, ni nos oye, ni nos habla; él que fue todo ojos; él que fue todo oídos; él, que fue todo verbo, verbo inflamado, verbo puro, verbo de Dios, y contemplarla con ese gesto dolorosamente expresivo que el escultor francés supo imprimir en la mármorea figura del Panteón parisiense. Ver así aquella alma, atormentada y gigantesca, en el escorzo violento del "Pensador" que apenas logra sostener la mole de la cabeza colosal preñada de un pensamiento que fuese al propio tiempo toda una tempestad; así, como un buzo enloquecido que va a lanzarse desde lo alto de una roca sobre el mar sin límites; cual un gigante cuyo cuerpo floresciente de vida traduce en musculosas contracciones una angustia infinita, eterna e invencible; así como para hundirse en el vacío, ostentando sobre la frente de anchos planos algo como la huella de un martillazo homérico y ciclópeo, como el golpe de la fatal tortuga que hendió al caer la cabaza de Esquilo así, cual un pensamiento hecho hombre, convertido en un león presto a saltar, y a quien el pueblo atónito que le está mirando quiere detenerle vanamente; porque ha sonado ya la hora, y fuerza es que se cum-

pla la voluntad del Misterio y... en ese instante precisamente nos hallamos. Quien dijo a Colombia:

Padris, de tus entrañas soy pedazo,

devuelve a ella la grosera envoltura mientras el alma que ésta contuviera asombrará por siglos, semejante a una ceiba, a innumerables caravanas que pidan sombra, que anhelan escuchar el canto de mil pájaros, que busquen el reposo y ansíen recibir la luz eterna del sol indeficiente filtrándose a través de hojas de perenne verdura, de ramas opulentas y de flores que no se mustian.

## Discurso

PRONUNCIADO EN EL CAPITOLIO NACIONAL, EL 15 DE OCTUBRE, EN REPRESENTACION DEL SENADO DE LA REPUBLICA, CON MOTIVO DE LA COLOCACION DE LA LAPIDA CONMEMORATIVA DEL ASESINATO DEL CAUDILLO LIBERAL Y EXIMIO PATRIOTA, GENERAL RAFAEL URIBE URIBE : : :

Señores:

El Congreso de Colombia ordenó fijar aquí esta lápida para conmemorar el trágico fin de un varón eximio.

No deslustran vano epíteto ni superfluo elogio la sencillez augusta de la consagración: *A Rafael Uribe Uribe, el Congreso de Colombia*, y al pie la negra fecha, es cuanto quiso que en forma lapidaria constase, el Cuerpo soberano de la República. Extraño homenaje que así calla cuando quiere decirlo todo; silencio sapientísimo que al omitir exalta; mudez desafiadora de la ingratitude y del tiempo; y es que ni el domador universal, ni la perfidia humana consiguen abolir jamás el recuerdo de las grandes horas, y ésta lo fue muy grande, por lo intensa y dolorosa, para el corazón de la Patria.

Allí cayó silenciosamente el héroe, cual un soberbio felino, hermoso y pujante, hendida la cabeza de un hachazo, bajo la atónita luz meridiana. Allí, como en hora brava el gran Julio, buscó el mártir decoro para su caer, y con un gesto altivo de inmortal gentileza probó parar la vida que le huía a torrentes de las enormes grietas que abrieron en su sien las abominables manos alevés.

Vosotros os vivisteis aquellos aciagos instantes; recogisteis vosotros al adalid ensangrentado y le llevasteis a su postrer refugio—meciéndolo amorosamente entre alabanzas y suspiros—como por sobre un lago perezoso de flores impalpables; vosotros comenzasteis en loor suyo la férvida apoteosis que no terminará ya nunca mientras Colombia aliente, como que aquel lamentado jefe

e hijo epónimo de la Patria fue verdaderamente un prócer nacional.

Fuerza y raíz de su personalidad, fuera la disciplina heredada de un padre severísimo, a cuyo estímulo fortificóse aún más el gallardo mancebo, inquieto, pertinaz y bravío. Dilató en las montañas su pulmón, siempre ávido de los aires libres. El agria salvez del nativo terruño, el fuego irascible de las llanuras caucanas, le templaron el ánimo para las arduas ascensiones, y le mostraron un horizonte con áureas lejanías, muy más allá de las adustas o inflamadas barreras. ¿Trabajo rudo? Es él, como labriego, el mejor entre sus camaradas. ¿Batallas? Allá va, rompiendo, entre los primeros, el mortífero anillo. ¿Sangre? Corre la suya, y cojeando, como un semidiós de la Hélade, pártese desde el campo sangriento a la metrópoli, con hambre de saber. Estudia y triunfa, y continúa la propia epopeya, vencedor o vencido. Combate, perora, escribe, publica folletos, riega hojas, incrimina, emplaza y deshúella. Sus artículos son obuses, tempestades sus polémicas, incendio sus libros. Proclámase Imperator, ordena y arrastra, organiza legiones y adelante! Bucaramanga, Peralonso, Palonegro, la Ciénaga, Nerlandia. Regresa ya vencido, con una altivez que no ostentaron los propios vencedores. Recoge los amigos dispersos; muéstrase grande en el infortunio; se apacigua, se concentra y medita, y cuelga luego, por pesada, la mellada hoja del guerrillero para empuñar el fino estoque de los diplomáticos. Y así termina su primera etapa.

Ha sacudido como una pesadilla le vehemente imagen de sus pasadas fiebres. Viaja, estudia aún más; compara y revalúa. Medita analizando; muéstrale Chile, en su primera época, la anárquica diatesis heredada a que pone término el genio de Portales; advierte su homogeneidad étnica y su irresistible, prístina orientación hacia la estabilidad fundada en aspiraciones de orden práctico, a que sirven de eje dos postulados: autoridad y religión. Tras el conservatismo de Montt, la influencia moderadora de Pérez, de Errázuriz y de Santamaría, y después, Balmaceda, el reformador demócrata que, tras echar las bases de una evolución incalculable, sella también con la propia sangre su pacto con el porvenir.

La historia del Brasil va desplegando ante Uribe el más extraño turno de acciones y reacciones. Don Pedro I, el emancipador; luego su hijo, comparado muchas veces con Marco Aurelio, que fluctúa entre la tradición conservadora y las aspiraciones democráticas exacerbadas por la pluralidad de razas, y que ¡oh raras antinomias! con la libre aceptación por parte del Emperador de profundas vicisitudes políticas de que fueron exponentes a su lado Bonifacio, Paranaguá, Itaborahy, Nabuco de Araújo, Caxias y el primer Ríobranco, se prepara, fomenta y estimula el advenimiento de la República en el seno mismo de la monarquía. Y entre el flujo y reflujo de plataformas antagónicas, la autoridad salvando a aquel país, de las contiendas fratricidas.

Argentina le ofusca con su salto pasmoso de la anarquía del caudillaje con los Alvear y Sarratea, los Dorrego y Soler a Rivadavia, el hombre del centralismo y de la autoridad, a quien nom-

braron a buen fuero "el Evangelista de la democracia." Después la lucha con Artigas; el prodigioso Sarmiento; la rebelión provincialista con su cohorte de jefes regionales cuya tremenda síntesis fue Rosas, "el Maquiavelo de la Pampa," que, entre demencias y crueldades, fortifica la osatura patria sin alcanzar por eso la absolución histórica. Bases sangrientas y malditas de la actual prosperidad del Plata.

Y cuanto Uribe no palpó, ya lo tenía sabido, o lo adquirió después. Conocía el significado histórico de cada nombre célebre, de uno a otro extremo de América. En el inmenso catálogo biográfico que registra desde Alaska hasta la Patagonia, supo él atribuir a cada prócer su aporte de bien y de mal en el postrero y portentoso ciclo de la transformación política panamericana. Como las condensadas cifras de una vasta síntesis química, Uribe consiguió valorar el exponente de reacción escrito por la historia al frente de cada gran nombre continental, en la política contienda del siglo pretérito y del que comenzó. El sabía cualitativamente qué valen para Venezuela los nombres de Páez, de los Monagas y Guzmán, los de Falcón y Zamora, los de Rojas y Castro; qué cifraron para el Ecuador los de Flórez y Rocafuerte de Urbina y García Moreno, los de Borrero, Carrión y Espinosa; qué, para el Perú, los de Castilla, Pardo y Piérola; qué, para el Uruguay, el épico nombre de Artigas, los de Lavalleja y Rivera, Giró, Flórez y Berro hasta Batle y Ordóñez, claro compendio de sus antecesores. El sabía también del medroso doctor paraguayo, de los dos terríferos López, de Melgarejo, el boliviano inverosímil. Conocía del Méjico de Iturbide, de Santa Ana, de Guerrero y de Maximiliano, de Juárez, el indio sublime, y de Porfirio Díaz, el mestizo enérgico y astuto, y de los Maderos y Huertas y de los Villas y Carranzas. No olvidaba tampoco qué encarnaron para la América Central las figuras de Morazán, de Guardias y Carrera, y de tantos otros conductores—si gloriosos—que han exaltado el nombre de sus pueblos; si maléficos, que contribuyeron a hacer de esos atormentados países unos a modo de Balkanes de América.

¿Y qué decir de nuestra Patria? Familiar como le era su historia, hasta en los íntimos detalles, supo valorar *él la inmensa suma de esfuerzo y de dolores, de error y de verdad que alternativa o simultáneamente, han confluído a elaborar la resultante actual de las aspiraciones colombianas.* La colosal República del Norte lo subyugaba y lo inquietaba a un tiempo mismo. Más de una vez reñemoró sus grandes hechos, sus grandes hombres y sus grandes faltas. Y de toda aquella ingente copia de acontecimientos y triunfos y caídas, de absurdos y verdades, de eclipses de la libertad y estrangulamientos del orden, de piedad y de irreligión, de persecuciones y amparo, de datos científicos y de reacción concienzuda, surgió distinta en el fondo de su espíritu una noción de patria que, al engrandecerse por gracia de aquella acción fecunda del vulgarizador, iba al propio tiempo engrandeciéndole con ella.

La conferencia que dictó en Río de Janeiro en 1907, sobre Colombia, fija la madurez de evolución, en esta segunda etapa del

General Uribe. Anota entonces cuidadosamente aquellos puntos que sirven para fijar las deducciones del sociólogo. No podían escaparle ni el cariz del medio físico ni la posición privilegiada, ni los factores étnicos, ni el movimiento histórico, ni los valores morales, ni las contingencias de orden internacional; en una palabra, todos aquellos elementos que constituyen lo fisonomía de un pueblo, y entre ellos, y peculiarmente, los que integran el alma nacional. Allí se reconoce "que la mayoría de los colombianos es católica, si bien la libertad religiosa está garantizada por nuestro Estatuto;" acentúase allí el porcentaje de la población blanca y mestiza; condénanse con valor los extravíos pasados y álzase jubilosamente un inflamado himno a la Paz. "Cualquier pueblo de la América Latina—dijo el caudillo—podrá en adelante renovar el escándalo de la guerra civil, menos Colombia, porque ninguno existe que haya escarmentado tanto como ella con ese azote; y, aleccionada por la más triste de las experiencias, ninguno hay que esté más en guardia contra las revoluciones. *La estabilidad del orden descansa en un querer consciente, ilustrado por el mejor de los maestros de hombres y pueblos: el infortunio.*" Más tarde y muy a espacio, aplica admirablemente su dilatada experiencia a lo que él estimaba *problemas nacionales*. Estudió vastamente la paz interna y la paz exterior con sus corolarios subordinados; la organización militar, la moneda, el sistema tributario, el analfabetismo, la reforma universitaria, la higiene pública y privada, el sufragio, la organización de los partidos políticos, el Parlamento, el orden jurídico, la autonomía de las secciones, el régimen de la prensa, las vías de comunicación, la población del suelo patrio, el carácter topográfico del país, las aguas y florestas, la estadística, la organización del trabajo, la estabilidad burocrática, algunas cuestiones demográficas, y el problema de la alegría, y, para compendiar aquellos sesudos y luminosos razonamientos, concluyó: "Cosa ninguna puede intentarse con buen éxito si no es apoyándose en una fuerza verdaderamente nacional, expresión de la opinión libre y consciente. Mientras los colombianos estén exclusivamente dominados por odios e intereses sectarios, se engaña tristemente el que tenga la veleidad de juzgarse el Mesías salvador y reformador de este país. Mucho harán los buenos gobernantes, pero el poder de su energía y de su ilustrada voluntad no alcanzará hasta cambiar de un día para otro la educación que el pueblo ha recibido en ochenta años de zambra permanente. Es la Nación misma quien ha de resolver esos problemas y nadie en su lugar. Promover reformas completas que abracen todo el mecanismo social y todos los ramos de la actividad, pero sin convulsionar el país y sin provocar discordias, sólo puede conseguirse con la obra de varias generaciones, por medio de la lucha pacífica y esclareciendo los espíritus con la propaganda activa y evolutiva, estrictamente dentro de la ley. *No parar, no retroceder, no precipitarse; hé aquí el derrotero.* Hacer patria llamábase nuestro empeño en las guerras civiles, donde acabábamos con la poca que teníamos. Hoy sí que es cierto que necesitamos hacer patria."



Y como cifra de tan axiomáticas verdades, y como fruto de tan dolorosa experiencia, llamó clamorosamente a una coalición nacional, con este sencillo programa:

- "Sobrepone a todo trance la patria a los partidos;
- Conservar y defender la integridad nacional;
- Sostener sin reserva la paz y la legalidad;
- Fomentar la instrucción y la educación públicas; y,
- Acordar una tregua durante la cual se abstuviesen todos de tratar cuestiones políticas y religiosas candentes."

Como en Uribe pensamiento y acción, fuesen casi simultáneos, siguió vistiendo estas grandes ramas de doctrina—del modo más profuso y elegante—en la tribuna parlamentaria, en la conferencia pública, en el periodismo y en la correspondencia.

En torno suyo se agrupó un gran partido, a quien él vivificaba con la pujante radioactividad de su feliz pensar y con el fuego inexhausto de su querer avasallador, incontrastable e invicto. Porque este hombre de acero quería con la arrolladora voluntad del Canciller teutónico, sin que su eminente facultad crítica lograra paralizarle a la hora de actuar, como que él realizaba aquella ideal conjunción, tan rara entre los hombres, de la mentalidad que ilumina y el brazo que ejecuta. Tengo para mí, que sólo remontando hasta Santander le hallaríamos un cuño similar. Hoy mismo, para reemplazarlo idealmente siquiera, necesitaríamos sumar muchas actividades, mientras que ese hombre extraño pronunciaba la arenga, escribía el artículo y daba la batalla.

El saludable tránsito de la actividad desmandada y nociva a la intervención moderadora y al labor fecundo, se había verificado en él. Una noble serenidad enseñoreaba su alma enantes turbulenta, y en el camino que siguiera, moviendo sus legiones a la conquista del futuro, se halló un día con nosotros en aquella región ideal que simboliza para todos vosotros, y para mí también, lo más grande en nuestros recuerdos, lo más dulce de nuestras ilusiones y lo mejor de nuestras esperanzas: ese lugar se llama Patria! Y fueron dos ejércitos, furiosamente contrapuestos en fenecidos días de locura, los que, al imperio de una aproximación espiritual y bajo el signo de una alianza sin promesas, marcharon paralelamente. La sociología y la experiencia habían movido hacia nosotros al soberbio jefe contrario. Allí nos halló él, a la sombra de nuestra vieja encina tradicional y geórgica, descansando sobre los polvorosos pergaminos en que aprendimos há tiempos las leyes que presiden a la evolución de los pueblos; donde supimos que la raza es el factor supremo en la constitución de un grupo nacional; que la herencia y la tradición gravitan como plomo en el camino que conduce al reino que habrá de venir; que la religión es el eje del alma nacional, y que cuando abandona a un pueblo, se inicia en él un rápido proceso de descomposición como pasa con los cadáveres dejados del espíritu. Allí leímos también que la persecución no funda nada; que sin principio de autoridad "no hay sociedad posible, de la misma manera que no hay río sin riberas que lo encaucen;" que "es muy peligroso tener a la fe por enemiga, y que un gobierno que persi-

que creencias religiosas, se expone a perecer por ellas." Encontramos allí la respuesta de José de Maistre a la eterna pregunta: "¿Qué es una Constitución?" que, a su entender, es la resolución de este problema: "Dados el número de habitantes de un país, su religión y situación geográfica, las relaciones políticas, las riquezas y las buenas o malas cualidades suyas, hallar las leyes que mejor le convengan."

Así el ilustre conductor que en la mitad de su existencia fuera sólo un agitador público, marcó en su nueva fase la cifra del verdadero revolucionario, iniciando un movimiento que padecerá eclipses, pero que habrá de ser seguramente condición vital de una agrupación política y elemento indispensable para conseguir sólido bienestar para nuestra Colombia. La formidable reacción que él levantó contra los viejos ídolos y el espantoso hachazo con que derribó las cabezas de antiguos errores, suscitaron en contra suya una desatada tormenta. Se le tizó de tráfuga, se le creyó vendido y pareció encarnar por un momento al Cid de antaño, al héroe de la epopeya nacional española, de quien se cuenta que, disgustado con el suyo, le juró obediencia al rey moro. ¡Mas no, mil veces no! *Lo que en nosotros la Filosofía, obró en Uribe la Sociología, y el intransigente adversario de otros tiempos nos comprendió mejor, y casi, casi digo que llegó a brindarnos con su afecto.* Y si fue siempre fiel a sus sueños de libre, miró también con ojo cariñoso el torso olímpico de nuestra libertad, mutilada, pero fecunda y apacible como la Venus manca; divinamente heroica en su ímpetu poderoso, como la Victoria de Samotracia!

Pensar que aquel portento de inteligencia y entusiasmo; que aquel estóico restaurador de clásicos empeños de austeridad y fortaleza; que aquel potente acumulador de energía; que aquel solitario peregrino de los ideales ardientes; que aquella insomne lamparilla de oro que ardía perennemente delante de los patrios altares; que aquel sapientísimo guardador de nuestras sacras lindes; que aquel arco poderoso, siempre vibrante y tenso con su saeta de fuego lista a volar certera; que aquel apóstol magnánimo que no vivió un instante para sí mismo; que jugó la vida tantas veces y aventuró su nombre tantas cortejando a una falaz deidad; que aquel atrevido conquistador que se adelantó a los mejores, y descubrió reinos y dictó fueros a nuevas regiones, que aquella cristalización diamantina de la conciencia nacional, hallase en este mismo sitio fin tan menguado y execrable! ¿Así premios, ¡oh Democracia! a los mejores de tus hijos? ¿Con óleo de sangre los unges? ¿Los vistes de escarnio y los pascas ceñidos en los cascabeles de los locos? ¡Suere, Arboleda, Uribe! A quien sólo tuvo para ti la palabra de miel, ¿tú le respondes con la voz del agravio? A quien se desveló sirviéndote, ¿así le galardonas tú con el sueño medroso de los sepulcros? A quien cantó para ti con labios encendidos el himno de tus glorias, ¿tú sólo le respondes con el yambo de la venganza? A quien te ofrendó sus placeres, ¿tú le retribuyes con tormento? Lincoln, Canalejas, Jaurés... ¡Oh, Democracia, bendita seas aunque así nos mates!

Quiso el destino que el divino árbol del esfuerzo rindiese solamente frutos de dolor, y que en el vértice del inmenso ángulo formado por aquellas dos líneas trazadas por Dios mismo en el espacio y en el tiempo, y que responden a los nombres de Certidumbre y Duda, se levantase una cruz simbólica que va recibiendo, uno en pos de otro, a todos aquellos grandes descontentos, creadores del progreso, ese delicioso fruto de lágrimas y sangre. Bastaba que el Dios vivo hubiese magnificado aquel sino sombrío, para que las generaciones, en atropellada carrera, con la fiebre del extravío en las pupilas átonas, se precipiten en inacabable teoría a la conquista de las doradas pomas que cuelgan de aquel árbol teñido de púrpura. Las muchedumbres son como el océano, tímido espejo a ratos que apenas sí refleja las nubes que pasan; galán risueño, arrullador e inquieto, con su gorguera de movibles encajes; monstruo furioso luego que todo lo embiste y desbarata, que todo lo trueca y arrolla; que en su inconsciencia mata, y cuando ya cansado de la devastación torna a sus viejos lindes, va sacando hacia las remotas arenas, cual si fuese la obra de su remordimiento, los cadáveres de sus naufragos, coronados de algas amarillentas. Tal con Uribe y con la luenga serie de todos los sacrificados por la ferocidad inocente del tigre y de las muchedumbres.

Mas como la moneda con que el hombre paga su ventura se llama dolor, la ferocidad, la ingratitud y la ira cifran maravillosamente una potencialidad restauradora. Dentro de aquel crisol forjado en vil arcilla, se aquilata un nombre, se clarifica un pasado, se depura un caudillo, y aparece entonces en toda su brutal eficacia la *virtud del hierro*. El cobarde instrumento hace resaltar, en el ennegrecido muro de los tiempos, el perfil i mortal; en la poda villana, entrega a la disolución los torcidos renuevos; limpia y fija, y cuando pensó borrar para el futuro anonadando en el presente, trueca, sin quererlo, el corte destructor por los filos creadores del cincel que labora para la eternidad sobre los bloques límpidos y augustos. Y allí comienza la renovación: la pulidora lima de las misericordias, la piedad que se olvida, la disculpadora tolerancia, el entusiasmo que engrandece, el amor que deforma, la gratitud que defiende, la parcialidad que sublima, el odio que se solapa, la indiferencia que se encoge de hombros, el tiempo que va puliendo aristas, la distancia que sabe armonizar; la Patria, en fin, que como madre, todo lo exculpa y lo perdona todo. ¿Qué significa entonces el seide innominado que clavó su puñal en el centro mismo del corazón del héroe; qué las hachas sacrílegas que hendieron en dos la concha nacarada para que pudiera ostentarse, bajo la clara luz de Dios, el oriente policromo de una perla rarísima? Abominable golpe que así rompe el pomo de la esencia preciosa; estallido feroz que así abre los diques a la catarata sublime; asesino relámpago que, entre la noche tenebrosa, así orla de luz las más inaccesibles crestas de los montes!

Incomprendido como Jaurés, como él caíste, oh grande Uribe! Aquella gloria latina, hermana es de la tuya, por el presti-

gio y en el martirio. Tú sentiste como él lo que era patria, y como el portentoso tributo de las Galias, nos dijistes mil veces y nos escribistes con sangre la fórmula sublime: "Estáis atados a este suelo por todo lo que os precede y por todo lo que os sigue; por lo que os creó y por lo que creáis; por el pasado y por el porvenir; por la inmovilidad de los sepulcros y por el vaivén de las cunas."

Sé, ¡oh nobilísimo hermano! que tu sacrificio no ha sido desechado; que esta patria, a quien tanto amaste, te agradece, te comprende, te suspira y te llora; que esta soberbia fábrica capitolina, tan digna de otros tiempos y de otros hombres, consagrará en su simbólica columnata la fertilidad de tu esfuerzo, como que aquellos pilares sustentantes que simbolizan en su fortaleza la perdurable resistencia de la doctrina en que yo creo, también comportan sobre la superficie la gracia audaz de sus estrías que, debilitando en la apariéncia, embellecen y consagran y confirman la inmutabilidad del sostén. Si tus últimas horas fueron de angustia y de zozobra, no temas ya que tu nombre querido sea borrado con saña de nuestras páginas eternas. Allí irradiarás tú, en tu grandeza personal y única, conviviendo en el ideal de los tuyos, concentrando, cual en maravilloso foco, todos los rayos del saber y del valor y del patriotismo.

Cualesquiera sean las sorpresas y los infortunios que nos reserve el porvenir, la aguja de tus amores patrios señalará siempre el norte del anhelo. Tu sangre, vilmente derramada, ofrecerá nuevo blasón al escudo de la República. Distanciados de ti por el abismo insalvable que ha cavado entre nosotros la lógica cristiana, oírás, no obstante, desde tu refugio, cual voz de compromiso que se alza de nuestro propio campo, la palabra de divina tolerancia que brotó un día de los labios mismos del Pontífice Benedicto xiv: "Dios permite a los herejes, nosotros debemos tolerarlos." Y ya a la postre del final certamen, tú habrás de ser, en el concierto universal, un signo de rescate y una prenda de reconciliación; y Jesús mismo, que preside para los hombres el *devenir* del universo, no desde la diestra impenetrable del Dios Padre, sino desde el madero de su tormento humano, estoy seguro que habrá de desprender un día sus manos traspasadas para estrechar en un divino abrazo a cuantos murieron por la Patria y por la Fe y por la Ciencia y por el Amor y por la Libertad. Y allí nos estrecharemos contigo, oh dadivoso Uribe!

Cuanto aquí palpo es ruin, cuanto aquí miro es turbio. Una densa valla de linieblas nos tiene separados de ti. Es preciso huir muy lejos, volar hacia el pasado, buscar en las Repúblicas antiguas el adecuado signo con qué valorar tus preeminencias. Solamente así podremos a justicia ensalzarte y engrandecerte. ¡Encarnación de extraños tiempos! arranco para ti de un pentélico bloque estas líneas de Simónides para los que sucumbieron gloriosamente en la inmortal garganta: "Los hombres ilustres—y tú lo fuiste entre ellos—tienen toda la tierra como sepulcro, y no solamente en su patria las inscripciones grabadas sobre la patria dan testimonio para ellos, sino que en las mismas comarcas ex-

tranjeras un recuerdo no escrito vive en todas las almas y representa su generosidad muy más aún que sus acciones." Mientras viva Colombia y mientras viva América, mientras perdure la gloria y subsista el prestigio, habrás de vivir tú, oh mi noble amigo, oh inolvidable Uribe Uribe!

## Discurso

DEL DOCTOR GUILLERMO VALENCIA, MANTENEDOR DE LOS JUEGOS FLORALES VERIFICADOS EN HONOR DE POLICARPA SALAVARRIETA EN EL TEATRO DE COLON DE BOGOTÁ

Excelentísimo señor, señoras, señores:

Los que sabéis la generosidad munífica de esta culta metrópoli y habéis tenido la fortuna de admirar muchas veces el gesto de gentil delicadeza con que las altas clases gustan de exteriorizar sus tesoros jamás exhaustos de hospitalidad, no os sorprenderéis ahora viéndome a mí, por la gracia de un grupo de nobilísimas damas, asombrarme bajo el sitial que en años muy remotos estaba reservado a los verdaderos maestros del Gay Saber. De ellos tenéis vosotros insignes y clarísimos, que más de una vez cruzaron ante vuestras miradas, ostentando la regia púrpura de sus cláusulas opulentas que a estilo de aquellos mantos constelados de pedrería en que se mostraban ceñidos los antiguos emires, dejaron en las muchedumbres un indefinible sentimiento de simpatía, de admiración y de respeto. Y de qué otra manera pudiese presentarse nunca mantenedor alguno—y como tal afortunado—para alternar con damas de una Corte de honor que, como la que está delante obligando mis respetos, parece aquí llamada, en selección afectiva, desde aquellas logias áulicas que fijaron para la eternidad los milagrosos pinceles de españoles y de venecianos!

Un poco más de cuatro siglos nos alejan del día en que Clemencia Isaura vinculaba en los Juegos florales su adhesión fervorosa a la Poesía, elevando hasta el trono de lo ideal el encendido amor de su pecho por el mancebo amado que perdió la vida combatiendo. Y ese dolor profundo y cruel, denso al principio y opaco cual un vapor de lluvia, pasó al través de un alma de cristal y tomando la policromía del iris, trazó en el borroso fondo de los tiempos idos la curva gigantesca de aquel divino arco de poesía que enmarca luminosamente la figura cuasi mística de la Minerva provenzal.

Esos eran días cargados de promesas en que pugnaba la vida por sacudir el terrífico sayo cubierto de cenizas que enantes

la envolviera. El gallo del Renacimiento invocaba clamorosamente a Erasmo, en su clarín matinal. Era el momento de efusión maravillosa ante la Belleza triunfante, en que Vittoria Colonna transformaba también el llanto de sus ojos, vertido en larga vena por su gallardo compañero que cayó bajo el hierro sobre la campaña gloriosa, en miríficos collares de perlas—pues tanto valen sus sonetos—para rendirse luego, arrastrada de fascinación irresistible, a la grandeza extrahumana, hosca y ciclópea de Miguel Angel, cuyos musculosos dedos acostumbrados a modelar Profetas y Sibilas, Titanes y Dioses, fueron por el amor, suavísimamente aptos para sentir apagarse el postrer latido cordial bajo la arteria azul de la patricia de Pescara.

Hoy el rito es el mismo, aunque los oficiantes han cambiado. No alienta ya Clemencia Isaura, pero la Reina del torneo no rinde ni avasalla menos que la musa gentil de Tolosa la antigua, ni la garrida Corte que la cerca—cual una guirnalda radiosa de gracia, de juventud y de belleza—impone menos aquí que las infantas linajudas del tiempo de don Juan II y don Enrique de Villena y, bien valen arniños y tules, las gasas impalpables y las túnicas diáfanas, por aquellas dalmáticas rectangulares, imitadas de Bizancio; por aquellos mantos de brocado prendidos a los hombros con raras broches, al modo romano, y por aquellos paños prolijamente cubiertos con el peso de las guarniciones, que apenas sí permitían admirar la gracia de unas mejillas frescas o la exquisita aristocracia de unas manos finas que pugnaban por asomarse tímidamente tras la caparazón de oro y argento.

Tampoco los felibres victoriosos de antaño esquivarían medirse con los que en esta noche recibirán las flores simbólicas que pregonan su triunfo, de mano de las Musas mismas, que tanto monta ser coronado aquí con el gajo de los vencedores!

De aquellos ilustres Consistorios a esta fiesta republicana no va más que una mutación de accidentes; lo esencial se conserva: el culto al arte puro, la idealización de un dolor humano, las flores rituales que nacieron entre las grietas de un corazón despedazado y las manos de Clemencia Isaura, de Vittoria Colonna y de la Reina de esta Corte de honor que se buscan a través de las edades prófugas, y encontrándose, cierran círculo en torno de una lápida blanca en que va escrito el nombre de otra víctima caída a filo de espada, y bajo la vieja empresa que cifró el alma de los Juegos florales: *Patria, Fides, Amor*.

No a acertaría deciros por qué ese nombre Patria suscita, a las veces, un sentimiento de ternura que no se armoniza bien con la procedencia etimológica del vocablo; Matria, tal vez debiera decirse. Desde que aparecemos, ella nos acoge y sustenta en su tibio regazo; ella arrulla nuestros oídos con la dulcísima cantinela de sus glorias pasadas o acude a despertarnos con la voz imperiosa del deber vigilante; ella estimula nuestros esfuerzos diligentes; ella disculpa con amor el fracaso de nuestros empeños; ella nos corrige y conforta; ella nos absuelve y perdona; ella nos vacía el cofre de todos sus tesoros guardados, nos brinda con el oro de sus ríos, con la inagotable pedrería de sus filones, con la sabia

inexhausta de sus jugosos senos; ella tiene un asilo para nuestra vejez; ella en su libro, un renglón en donde escribir nuestros nombres. Y cuando ya rendidos de fatiga y los párpados cargados de sueño, doblamos la cabeza para no tornar a levantarla, ella nos convida con un lecho; el más mullido, el más seguro, el más tranquilo de todos los lechos!... No consigo explicarme por qué este carácter, íntimamente maternal, del pedazo de tierra que nos ofrece también un gentilicio, que es otro a modo de apellido materno, pase como inadvertido de nuestra mente y nuestro corazón. *Libro de reyes* llamaron los antiguos a la historia; *Libro de ciudadanos* pudiéramos apellidar a las nuestras, pues hemos casi olvidado la labor de las madres en la complicada creación de nuestra nacionalidad. Todos pensamos en los próceres, y apenas si reservamos pocas líneas a las que les dieron el sér. Agotamos la investigación en cuanto se refiere a la existencia pública y privada de los héroes epónimos; sabemos qué forma ostentaron las hebillas de los zapatos del Virrey Amar y cuáles dibujos mostraba el abanico de su compañera, mas ignoramos invenciblemente, por vanidad o descuido, qué excelencias tuvieron las madres de los libertadores, qué virtudes domésticas, transmitidas por sus labios, contribuyeron a formar el carácter indomable de los hijos del pueblo, que vivieron, lucharon y murieron por Colombia la Grande. Dijérase que estadistas, héroes y tribunos de la Magna Epopeya aparecieron de improviso sobre el suelo patrio, caídos de lo alto a manera de arcángeles.

¿Qué monstruosa injusticia, qué abominable descuido nos trae así empeñados en la indefensible omisión? Los anales patrios son una biografía de sus grandes hombres, en los que sintéticamente va incluida ya la contribución maternal. Reaccionemos asiduamente contra este bochornoso olvido, evocando siquiera a aquellas memorables damas que acompañaron a nuestros padres en sus luchas por la libertad, sin olvidar a la que diera la vida al último soldado de la República cuya glorificación fue confiada ya al monumento levantado a los héroes sin nombre.

Si meditamos un punto en lo que significó para esas almas femeninas la atroz zozobra de tan negros días; la inquietud insesante por la suerte reservada a quienes desconocía la fortuna; la agonía inacabable ante las rejas de los calabozos; las largas teorías de expatriados o el funeral cortejo de los que recibieron condenación de muerte, nos preguntaremos estupefactos: ¿en dónde está representado aquel padecer silencioso? ¿Qué está simbolizando aquella suma de dolor que precedió al nacimiento de la gentil Colombia? Ibáñez, Posada, Hispano, Lozano, Corrales, Cuervo, noblíssimos historiadores, y unos cuantos más que aquí me callo, están rescatando del olvido muchos nombres gloriosos de aquellas bíblicas mujeres cuya fortaleza y valentía pudiera ilustrar sin mengua las actas de los primitivos mártires. Ya es Manuela Beltrán, que en la insurrección de los comuneros exclama a voz en cuello, en la ciudad del Socorro, cuna de nuestra libertad: *¡Muera el mal Gobierno!* Desgarra ella y pisotea los edictos reales. Hija del pueblo, se sublima aún más que por su belleza sin-

gular, por haber sido la primera que dio al futuro la intocable fórmula: "¡Viva la libertad!"

En su salón congrega la aristocrática dama bogotana, doña Manuela Santamaría de Manrique, antes de 1810, a los patricios rebeldes en quienes ardía el sacro fuego. Eusebia Caicedo, Carmen Gaitán, Josefa Lizarralde, Andrea Ricaurte, María Acuña, Joaquina Olaya, Melchora Nieto, Juana Robledo, Gabriela Barriga, Petronila Lozano, impulsan y apoyan fervorosamente el movimiento libertador de julio, concitando contra sí prisiones, multas, destierros y vejámenes que sufrieron con ánimo esforzado; y dominando tan lucida cohorte, destella con luz propia la heroína desconocida de que nos habla Caldas, la que, despidiendo a su hijo el 20 de julio, le dijo estas palabras que parecen leídas en Plutarco: "Vé a morir con los hombres, mientras nosotras marchamos adelante; presentemos el pecho ante el cañón y llueva la metralla sobre nosotras; los hombres que nos sigan se salvarán de los primeros golpes, y pasando sobre nuestros cadáveres podrán libertar a la Patria."

¿Cómo olvidar a las ilustres momposinas doña Micaela, Ni-Nicolasa y María Ignacia Gutiérrez de Piñeres; a las cartageneras doña Ana, Juana, Manuela y Rita Amadores, Carmen Angulo, Teresa Asgüe, María de la Paz y Trinidad Gutiérrez de Piñeres, Petronila Germán Ribón, Eusebia del Castillo, Josefa y Francisca Lazo, Luisa Hidalgo, Ana de Pombo, Juana, Teresa, Micaela y Mercedes Martínez, Salvadora Aldo, Carmen Medrano de Matos, Dolores Muñoz, Bibiana Duarte de Núñez, Bárbara Baena de Núñez, María Josefa y Carmen Núñez, María Amador de Pombo, Josefa Pombo de Fierro, Josefa Fernández Silguero de Vallest, Dolores y Teresa Villanuevas, Mercedes y Juana Carazos, que pagaron su patriotismo en el destierro o sucumbieron de hambre en playas inhospitalarias, cuando las balas homicidas no segaron alevemente sus cuellos juveniles?

Fue un día, soberbio para Barranquilla, en que pesadas piezas de artillería debían ser movidas a sitio peligroso. Benedicta Vargas, María Josefa Cárdenas, Eulalia Cántillo, Ursula Puentes, Juliana Miranda, María Josefa Gutiérrez y Concepción Martínez, accorren generosas y cumplen la épica faena.

Juana María Blanco—de Guaduas—María Josefa Peña—de Zipaquirá—doña Josefa Acero, doña Francisca Caicedo de Manrique, muy cultas damas de las familias Groot, Vergara, Tobar, Gutiérrez, Pey, Acevedo, Barriga, Herrán y Pardo marchan confinadas a varias poblaciones.

Mercedes Martínez de Scarpetta, en Cali, Matilde Guevara, en Popayán, son vilmente azotadas, mengua a que fueron sometidas en la ciudad vallecaucana, las nobles señoritas Cabal. Doña Gabriela Arroyo, doña María Ignacia Arboleda, sufrieron en Popayán durísimas prisiones que compensó con creces el fiero bofetón que le asestó a la mejilla del Gobernador desleal, la enaguantada mano de doña Asunción Tenorio.

Y es ésta solamente una página áurea en el sagrado texto de nuestras glorias. Ese prolongado martirio, que duró por diez años, fue compartido igualmente por los próceres y por sus compañe-



ras. Claros blasones serían para consagrarlas en el presente y ante las edades venturas, si no reclamase, con sin igual justicia, un honor excelso el pequeño grupo de mujeres sin par que escribieron con su propia sangre la pragmática de nuestro rescate en el código de la liberación. Rosa Zárate de Peña, inicia en Tumaco la corona trágica; síguela en Cúcuta la Abrego que pierde la cabeza al filo de la espada, con la misma invicta gallardía que la virgen Inés sobre la arena del anfiteatro Flavio. Antonia Santos, la heroína de Charalá, tiñe de púrpura el sacro polvo del suelo nativo y el rojo vapor que de allí sube mancha los horizontes con el ostro vívido que en los cielos del trópico precede, a veces, la salida del sol: ¡el padre sol de Boyacá!

Rubí encendido es el nombre de Antonia, que irradia en el florón de esa corona de martirio en que todo fulgor se opaca ante la lumbre adamantina de la Salavarieta. En honor suyo se celebra esta fiesta. Se ha pedido al pasado remoto uno de sus augustos ritos para ensalzar como es debido esta figura extraña hecha de fe y de amor. Breve es su historia; cuplese en dos exámetros de la venerable *Antología*. A veces el maltratado disco de una arcaica medalla conmemorativa, ya semiborradas ostenta sólo dos o tres palabras que, en leve cifra, son bastantes a suscitar toda la gloria de un Emperador, las gracias todas de una mujer adorable, y sobre el ultrajado bronce, con unos pocos signos se dilata el pasado glorioso, se perpetúan fugaces modalidades. En el Cementerio de Calixto nos suspende a menudo alguna hendida lápida en la que breves líneas cuentan en latín bárbaro cómo la virgen Potaminos murió degollada un día de julio, imperando Valerio Diocles, y... eso es todo, pues sobraría una palabra más!...

Sabemos de Policarpa que era bella; de ánimo entero y clara inteligencia, que alimentó la esperanza de los libertadores y padeció la muerte con valor estupendo al lado de su prometido.

Este perfil sumario atravesará las edades, divino en su relieve con el prestigio soberano de una numismática inmortal. ¿Quién inspiró a la doncella granadina ese sublime ardimiento, esa soberbia gentileza, ese valor sin languidez, esa altiva serenidad desafiadora de verdugos? La fe tan sólo, la fe ardiente, la fe suprema, la fe invicta!

A través de los siglos hermánase su sacrificio con el de tantas compañeras que padecieron por el amor humano. La mártir de los primeros siglos quiso sellar con su propia sangre la redentora tabla en que escribió el Divino Maestro: "hombres, vosotros todos sois iguales," semilla portentosa de una perenne renovación social. En el fondo de los dos sacrificios palpita la misma verdad, sólo que la víctima del César o el Procónsul, al sucumbir miraba al cielo, en tanto que nuestra sacrificada buscó más cerca la finalidad de su martirio. Al salir a la plaza y ver al pueblo agolpado para presenciar el sacrificio, exclamó la heroína: "Pueblo indolente, cuán diversa sería hoy vuestra suerte si conociéseis el precio de la libertad, pero no es tarde! Vedme: aunque mujer y joven me sobra valor para sufrir la muerte, y aún mil muertes más; no olvidéis este ejemplo." Parécenos estar leyendo en las Actas de los Bolandistas el sacrificio del viejo Policarpo, en Esmirna. La mis-

ma rudeza en los verdugos; los mismos métodos de crueldad refinada; las mismas lentadoras promesas para quebrantar su voluntad, debilitar su fe y doblegar su conciencia. "¡Qué importa para salvar la vida el decir *Kirios Caesar* y hacer un sacrificio a la mentira!" Con tigo vale la pena de discutir—responde el mártir a Statío Cuadratus—en cuanto a esas gentes, yo no me dignaré nunca descender para hacerles mi apología."

Nuestra Policarpa a su turno, razona, conjura, discute, increpa, zahiere a los tiranos. Insinúasele un acto de retractación que le grangée el favor del Virrey y le asegure la vida.

Muéstrase inflexible como el augusto anciano del Asia menor, y esa fiereza extrahumana, esa actitud heroica, le valen un sitio al lado de aquellas otras justadoras que escribieron en los estadios antiguos la Epopeya del Anfiteatro, de donde surgiría el ennoblecimiento de la mujer y la rehabilitación del esclavo. Policarpa es hermana de la crucificada Blandina, de Felicidad y de Perpetua, la misma que componiéndose en la arena la robusta mata de sus cabellos pisoteados y desordenados por las fieras, para no aparecer alligida, preludia en ese rasgo, *eternamente femenino*, el adorable gesto de pudor con que nuestra testigo se arrodillaría diez y nueve siglos después a recibir la muerte. Evocando su fin junto al amado de su corazón que pereció con ella, recuérdase también aquel pasaje de otra que en el camino del suplicio encuentra a un joven que se conmueve con su belleza y tiene para ella una mirada de ternura. Queriendo dejarle un recuerdo, arráncase el albo cendal que le cubre los senos y se lo entrega. Embriagado por esta prenda de amor, el mancebo la sigue y perece con ella!

¡Qué frívolas resultan ante la grandeza intrínseca de la heroína las vanas categorías inventadas por los hombres para velar mañosamente su distanciadador egoísmo! Esta oscura hija del pueblo no brillará en las galerías por la pompa de los encajes que prestigiaron los Boucher, los Fragonard y los Watteau. En la trasfiguración de los inmortales no aparecen caducos los atavíos; esplende allí, libre y pura, la desnudez divina de los dioses antiguos. Fé y amor sólo saben realizar estos prodigios.

Hay una escuela en el mundo que pretende hacer moña del entusiasmo que en las almas sencillas encienden tan extraños modelos. Una sonrisa de desdén pliega los labios de la juventud escéptica ante estas efusiones, asimiladas por ella a ingenuidades de mal gusto. ¡Oh, que error tan grande! Lo que hay bueno en el mundo lo han hecho los videntes, los generosos, los ingenuos y los inconformes! El que nada cree, nada espera; ante el que no ha sentido la ardiente sed de amor, ni ha ceñido voluntariamente la corona punzante de los ajenos dolores, es lastimosa ingenuidad sentarse a recibir la muerte para beneficio de ingratos; más decidme ahora, sin ese impulso generoso, sin esa venda sublime que ciega bellamente ante las bajezas humanas, sería posible reformar, sería posible renovar, sería posible redimir? Donde quiera que dos leños, dijo ya un latino, se crucen sobre el ápice de cualquier eminencia, el ojo triste de los hombres sabrá encontrar allí el signo de sus redenciones.

*Libros de reyes*, llamaron los antiguos a la historia, *Libros de ciudadanos* hemos venido, hasta ahora, apellidando las nuestras. ¡Oh madres de Colombia! vuestra hora ha llegado. Sois vosotras la mitad de la Patria; glorificáis el pasado, y en el presente y en el futuro sois lo mejor de su esperanza. El concurso que aquí prestáis para la exaltación de la heroína, es la forma gentil—tan digna de vosotras—de recordarnos nuestro culpable olvido. En vosotras libramos, para el porvenir, lo más ardiente de nuestros anhelos, lo más generoso de nuestros esfuerzos, lo más dulce de nuestras ilusiones. Ungid a los recién venidos, sobre el tibio albergue de vuestros regazos, con el óleo sagrado del entusiasmo por la Patria. Inspirad a vuestros pequeños esas eximias virtudes que supieron fortificar, cual médula de león, a los Nariños y Acebedo Gómez, a los Santander y los Padillas; a los Torres y García Roviras, a los Corral, a los Córdoba, a los Rondón y Mazas, a los Caldas y Ricaurtes, a los Girardot y los Caicedos, a los Rosillos y Gutiérrez, a los Torices y García de Toledo, que a precio de su sangre o de su pensamiento o de su brazo separaron sobre la tierra una porción privilegiada donde pudiesen sus descendientes bendecir al Dios bueno y gritar ante el mundo: somos libres por ellos!!

Os hemos entregado la arcilla colombiana para que modeléis en ella, con vuestros dedos largos, ágiles y finos, que afrentarían a los de la Dolorosa de Germán Pilon, esa figura excelsa del colombiano futuro, que recoja como en un haz toda la fuerza de los trópicos, unida a la delicadeza de la armoniosa gente latina. Vuestra misión es santa; en vuestras manos está no formar una raza de parias! Creadnos Davides dignos de Donnatello, y vivientes Perseos capaces de hombrearse con el de Benvenuto, en la *Plaza de la Señoría*. Tenéis en vuestras manos todo el oro de una raza soberbia; aquilatadlo en el crisol. Seguid sacando de su fondo héroes y santos, porque en América no tenemos santos! Colgad delante de vosotras las sacras imágenes de las que os precedieron en la fé de la República; por vuestras venas corre su misma sangre enriquecida con todos los dones de la libertad. *Patria, Fe y Amor*; como en los antiguos juegos florales, deben ser el emblema de vuestros empeños. Seguid, seguid tejiendo la túnica inconsútil de nuestra amada Colombia en la que cada hilo se purpura con el sacrificio de sus mejores hijos. Las guirnaldas que vosotras maticéis serán las únicas ambicionadas; vuestras hijas representan en ellas las rosas, dejad a nuestros hijos las espinas que sirvan para entretejer la corona de la redención. Pasará un siglo y otro siglo y otro siglo y este acto dadivoso vuestro, que ha convocado aquí la melodiosa cóncha de Apolo y las frágiles cañas de Pan, en homenaje a la heroína, dilatarán vuestra memoria hasta lo más remoto del venidero. Quédeme a mí por gloria única el haber trazado con un carbón recogido del altar en que arde perennemente el fuego consagrado a la diosa República, estas solas palabras: *Patria, Fides, Amor*. Vosotras sois la Patria, vosotras sois la Fe, todo lo alcanzaréis vosotras, porque sois el Amor!

La segunda entrega de esta colección  
aparecerá en el mes entrante (abril)